

Púsose al frente de sus hombres que con toda precaución marchaban. Ponce de León se encontraba cerca... muy cerca de la pieza... ya parecía alcanzarla con la mano. Iba á lanzar un grito de alegría, cuando una bala le atravesó el pecho, y sin vida cayó en el pavimento ensangrentado de la segunda calle de Balderas.

La brevedad de la narración nos impide referir otros muchos casos heroicos.

Así transcurrió el jueves, en medio de una incertidumbre sin límites y de un terror pánico indescriptibles.

Esa noche los rebeldes no descansaron ni un instante; iban y venían en fragin constante. La obra de artillamiento del baluarte habia sido terminada.

Los centinelas y las avanzadas rendían partes á cada momento. La artillería no cesaba de funcionar. Los ojos no se cerraban en toda la noche, los cuerpos no descansaron ni un momento de las fatigas de los anteriores combates.

El jueves por la mañana el Gobierno declaró desconocer á las Cruces Blanca y Roja, llamándoles á sus miembros traidores, espías, y calificándolos con los más duros adjetivos. Se amenazó á los miembros de estas humanitarias instituciones con fusilar á aquel que portara el brazal de las Cruces ó atendiera un herido.

La humanidad lloraba. El alma se rebelaba contra tales disposiciones que ni los zapattistas hubieran decretado.

Los heridos, sangrándose, permanecían tendidos en el campo de la lucha. El servicio

sanitario no atendía á tanto herido. El Hospital Militar estaba pletórico de víctimas de la guerra.

Pasó el jueves. La esperanza de una pronta resolución mitigaba un tanto la pena.

Al día siguiente la revuelta continuaba cegando vidas y destruyendo la ciudad.

El viernes aparecieron varios pasquines de la porra que se imprimían bajo la dirección de Solón Argiuello en el Museo Nacional, en los cuales se daban á conocer los triunfos de los soldados del Gobierno sobre los rebeldes, de quienes se decía se encontraban perdidos, pues no tardarían en caer en manos de las fuerzas federales.

Los Ministros extranjeros iban y venían diariamente de sus respectivas Legaciones á Palacio, en donde celebraban conferencias con el Presidente de la República, que cada día se mostraba más renuente á dimitir.

Se recibió la noticia de que el Gobierno americano habia decidido intervenir en los asuntos interiores de nuestro país, y que con ese fin habia enviado tres acorazados á Veracruz y estaba reconcentrando fuerzas en Galveston.

El Presidente Madero envió un mensaje al Presidente Taft explicándole la situación de la República y que creía su resolución cosa de pocas horas, pues los rebeldes habian sufrido considerables bajas y estaban muy demoralizados.

A las pocas horas el Sr. Madero recibía el siguiente mensaje de Washington:

Washington, 16 de Febrero de 1913.

A su Excelencia Francisco I. Madero,
Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

México.

Por el texto del mensaje de Su Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido algo mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto á las medidas navales ó de cualquiera otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural, y ya el Embajador me telegrafió que cuando usted fué bastante bondadoso de mostrarle su telegrama á mí dirigido, hizo notar á usted este hecho.

En consecuencia, Su Excelencia debe estar advertido de que los informes que se dice han llegado á Usted relativos á que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas han sido inexactos. Sin embargo, el Embajador que está plenamente informado, ha recibido instrucciones para proporcionar á Usted las informaciones que desee.

Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad á México, después de dos años de paciencia y buena voluntad.

En consideración á la especial amistad y á las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante su atención á Su Excelencia sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno ha esperado ver establecidos, ya porque los ciudadanos america-

nos y sus propiedades tienen que ser protegidos y respetados, cuanto porque esta nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano.

Recíprocamente á la ansiedad manifiesta en el mensaje de Su Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los dos últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos está en aliviar pronto la actual situación.

WILLIAM H. TAFT.

La lucha continuaba encarnizada el sábado. Las fuerzas de ambos bandos peleaban con sin igual arrojo. Las conferencias diplomáticas en el Palacio Nacional se suspendieron. La situación cada día era más aflictiva. Los artículos de primera necesidad habían subido á precios fabulosos. El hambre aparecía en el horizonte, descarnada y trágica.

El combate del sábado fué sangrientísimo. Los contendientes luchaban con verdadera furia. Pasaban los minutos, las horas, y el combate no cesaba.

A las dos de la mañana continuaban luchando, casi desfallecidas, las fuerzas contendientes.

El despertar del domingo fué alegre. La buena nueva de un armisticio llevó una esperanza á los espíritus abatidos por la intensa emoción.

Las calles se empezaron á ver invadidas por gentes que caminaban presurosas, con

cierta desconfianza. Las campanas de los templos llamaban á misa.

Se hizo circular un boletín de la Secretaría de Guerra en el que se ponía en conocimiento de los habitantes de la ciudad, que ese Ministerio había concedido un armisticio de veinticuatro horas que se empezarían á contar desde las dos de la mañana.

Muchas familias, aprovechándose de la tregua, salían de la ciudad para refugiarse en poblaciones foráneas.

Verdaderas peregrinaciones de emigrantes cruzaban por las calles de la ciudad.

Una multitud de curiosos permanecía por los alrededores de la Ciudadela viendo los efectos de las metrallas en los edificios cercanos. Los almacenes de abarrotes se encontraban pleóricos de gente que había ido á comprar mercancías para surtir sus despensas.

Serían las dos y minutos de la tarde cuando se escucharon varios cañonazos: el armisticio se había roto, y el combate continuaba, aunque no con el brío de los primeros días.

La gente huía, y volviendo los rostros á cada paso llegaba á sus hogares.

Toda la tarde del domingo y parte de la noche duró el combate. Desde las primeras horas de la mañana del lunes se escuchaba el nutrido cañoneo, que duró también todo el día.

La situación era imposible ya. En todos los hogares se elevaban oraciones piadosas para que el Presidente Madero renunciara. Los maderistas estaban inundados por la desesperanza. El Gobierno en nueve días no había podido someter á los sublevados.

Todo el lunes siguió el combate. Ese



Victimas en la plaza de la Constitución.

mismo día, llegó á Tacuba la columna del señor General D. Aureliano Blanquet. Formaba parte de dicha columna el denodado 29o. Batallón.

El General Blanquet ordenó que sus fuerzas acamparan en la Calzada de Tacuba, mientras él se trasladó á esta capital á hacerse presente al Jefe de las tropas del Gobierno, General Victoriano Huerta.

Regresó más tarde, ordenando la marcha á esta capital, á donde llegaron, formando su campamento frente al Palacio Nacional.

El martes continuaba el combate todavía.....

De la Barra pacifista

Cuando los momentos de prueba eran más terribles, cuando la opinión, de acuerdo en todo con el movimiento revolucionario, temía que los rebeldes fueran aniquilados en la Ciudadela, el Sr. Lic. D. Francisco León de la Barra, en su carácter particular, que era el único que tenía entonces, aunque su prestigio político le daba grandísima importancia, envió una carta al Sr. D. Francisco I. Madero para pedirle que utilizara sus servicios como pacificador.

El Sr. Madero, en su carácter de Presidente de la República, contestó que era inútil cuanto se tratara de arreglar, pues que estaba decidido á exterminar á los rebeldes si no se sometían al orden.

La actitud del Sr. de la Barra causó mag-

inífica impresión en toda la ciudad. El temor de que en las calles mismas de la Metrópoli se librara un encuentro á balazos, y más, aún, que se diera á los zapatistas una oportunidad para que envalentonados por la situación del Gobierno entraran á saco en toda la población, hacían que el aplauso de la opinión al Sr. de la Barra, fuera unánime.

Pero no lo entendió así el Sr. Madero, creyendo tal vez que disponía de elementos para aniquilar á los de la Ciudadela.

Esto ocurría el día 10, uno después de que el movimiento insurreccional había estallado y ya cuando el Sr. Madero había regresado del Estado de Morelos, trayendo consigo á la brigada incompleta el señor General D. Felipe Angeles, uno de los jefes militares más adictos al Gobierno.

El Cuerpo Diplomático había hecho gestiones de paz durante los tres primeros días del combate y nada había obtenido. De la Presidencia de la República salían telegramas en los que se anunciaba para muy pronto la total sumisión de los rebeldes,—cada día más fuertes,—y en los que se daban garantías á los Gobiernos extranjeros, de la vida é intereses de sus nacionales en México.

Después del sangriento combate del martes y del no menos terrible y sangriento del miércoles, la casualidad hizo que los señores de la Barra y General Angeles se encontraran en la Legación Inglesa.

El General Angeles recibió del patriota Sr. de la Barra las indicaciones necesarias para que volviera á interponer sus servicios en

pro de la paz al lado del señor Presidente de la República.

Al día siguiente el señor General Angeles llevó al Sr. de la Barra la súplica del Sr. Madero, para que se presentara en Palacio á conferenciar.

Se trasladó inmediatamente el patriota hasta el Palacio Nacional y allí celebró una conferencia con el señor Presidente.

Lo que se trató en tal conferencia fué sumamente delicado. El Sr. de la Barra expuso la necesidad de un arreglo inmediato con los rebeldes, pues que no era posible que la situación de la población continuara siendo la misma.

Patrióticamente el distinguido pacifista exortó al Sr. Madero para que depusiera su actitud intransigente.

En nombre de la República dolorida por la hecatombe que se estaba registrando en la capital, habló el Sr. de la Barra y logró al fin que el Sr. Madero lo comisionara para que tuviera con el Brigadier Félix Díaz una entrevista en el interior de la Ciudadela y en la que se expusieran las exigencias de los rebeldes.

El Sr. de la Barra salió del Palacio Nacional con la certeza de que se llegaría á un acuerdo, pues creía haber logrado que el señor Presidente depusiera su actitud.

Dejó el desinteresado intermediario el auto en que se trasladó del Palacio á la Colonia Juárez, en la casa de la Sra. Da. Elena Mariscal de Limantour y acompañado de su hermano y llevando una bandera blanca en las manos, se dirigió hasta la Ciudadela.

El patriotismo del Sr. de la Barra demostrado en esta ocasión en la que estuvo á punto de sacrificar su vida por el bienestar general, fué motivo de elogios por parte de los hombres que estaban en la Ciudadela combatiendo y es uno de los razgos más brillantes de la existencia del patriota mexicano.

En la fortaleza militar donde se encontraba el señor General Félix Díaz y el señor General Manuel Mondragón, causó honda sensación la llegada del delegado de paz. Se le hicieron demostraciones de simpatía y desde luego se puso á conferenciar con los Jefes militares que encabezaban la rebelión.

De esta conferencia obtuvo el Sr. de la Barra las condiciones que ponían los rebeldes para someterse: que renunciara el señor Presidente, el señor Vicepresidente y los señores Secretarios de Estado.

El Sr. de la Barra fué al Palacio Nacional con el pliego en el que los rebeldes exponían sus condiciones para hacer la paz.

El Sr. Madero contestó al Sr. de la Barra con una nueva y rotunda negativa. El no dejaría el poder sino muerto.

Por indicaciones de un grupo de sus amigos el Sr. Lic. de la Barra estaba alojado en la Legación inglesa, donde recibía las atenciones del señor Ministro Stronge; cuando recibió aviso de que se preparaba un complot para asesinarlo. Indignados los maderistas que siempre odiaron profundamente al Presidente "Blanco" porque comprendían que era imposible al maderismo opacarlo, decidieron agotar la existencia del Sr. de la Barra, como habían sacrificado tantas otras en las Demarcaciones de Policía.

Al recibirse la noticia en la Legación, los señores encargados de ella dieron prueba de un profundo sentimiento de simpatía para el Sr. de la Barra y decidieron sacrificarse todos antes de que las turbas porristas encabezadas ya por gente armada, fueran á atentar contra la vida de su ilustre huésped.

El Sr. de la Barra asumió, entonces una actitud que es digna de consignarse en las páginas de nuestra historia por la grandeza de sentimientos que revela. Temeroso de que fueran á sufrir los súbditos ingleses vejaciones por las turbas maderistas, quiso salir á la calle.

—Deseo sacrificarme sólo, pero evítan que sufran ustedes y con ello que mi país reciba de Inglaterra una amenaza.

Se hizo desistir al Sr. de la Barra de su intento, y ocurrió entonces un hecho que revela las profundas simpatías que tiene el patriota ex-Presidente de la República en el Ejército.

Es el caso que el Mayor de Artillería señor Francisco M. Osorno fué requerido por alguien para ver si podía resguardar la Legación en el caso de que sufriera un ataque por parte de las turbas maderistas.

—Antes que toquen un cabello del Sr. de la Barra, todos los hombres que están á mis órdenes y yo el primero sucumbiremos—dijo el señor Mayor Osorno por toda respuesta.

Entre tanto el Cuerpo Diplomático hacía toda clase de gestiones para que la terrible situación se resolviera lo más pronto posible.

La actitud del Ministro de España, excelentísimo Sr. D. Bernardo de Cólogan y Cólo-

gan y la del Embajador de los Estados Unidos, Excmo. Sr. Wilson, eran de concordia al lado de los dos bandos contendientes.

Pero en tanto que el señor Ministro de España era agasajado en la Ciudadela, donde le dispensaban los rebeldes todo género de consideraciones, al grado de formarle la guardia y de lanzar vivas á la madre Patria, en el Palacio Nacional, los diplomáticos eran recibidos cada vez con más frialdad y á todo se les contestaba con que el Sr. Presidente Madero resolvería la situación en muy poco tiempo.

Ya no se concedía audiencia á los diplomáticos en los últimos días y eran recibidos cada vez con mayor hostilidad, al grado de que algunos decidieron no presentarse más ante el Gobierno.

Consignamos un elogio á los señores diplomáticos por la prudencia que observaron ante los acontecimientos cada vez más angustiosos. Supieron todos trabajar en pro de los intereses de sus nacionales y en bien de México. Si no lograron que la situación se resolviera favorablemente en un sólo día fué culpa del Gobierno del Sr. Madero, que no quiso ceder nunca.

El golpe de Estado del Senado

Y, sin embargo, ni en las calles donde caían más combatientes, ni en el interior de la Ciudadela, ni en la línea de fuego, se desarrollaba la tragedia.

La muerte apagaba los ardores de lucha de los combatientes; hacían gemir á los heridos las balas; los que caían en las calles, por imprudentes, dejaban de existir sin un lamento. . . . Pero lo horrible se desarrolló allá, en el Palacio Nacional, donde paseaba risueño y con su gesto de nervioso, el Presidente Madero. Hombres avezados á la lucha; indomables corazones de varones, veían á aquel hombrecillo que pasaba de salón en salón sonriendo y hablando en voz alta, en tanto que se destruía el ejército, en tanto que los millones de seres gemían por la angustia, al mismo tiempo que las granadas rebotaban en el viejo Palacio de los Virreyes. . . .

Madero sonreía y la tragedia se avecinaba; la espantosa tragedia en que estaba á punto de perecer toda una ciudad levantada por cien generaciones, anhelantes de felicidad, ebrias de ensueño de grandeza para México.

Y Madero sonreía, sonreía con tal blandura de alma, tan suave y tan dulcemente, que era imposible creer en ello. No, Madero no fué un apóstol ni un iluminado. Los apóstoles lloraron siempre cuando vieron que sus pueblos gemían por la fatalidad: á la hora de la agonía, el dulce Jesús sintió su alma ensombrecida y triste. . . .

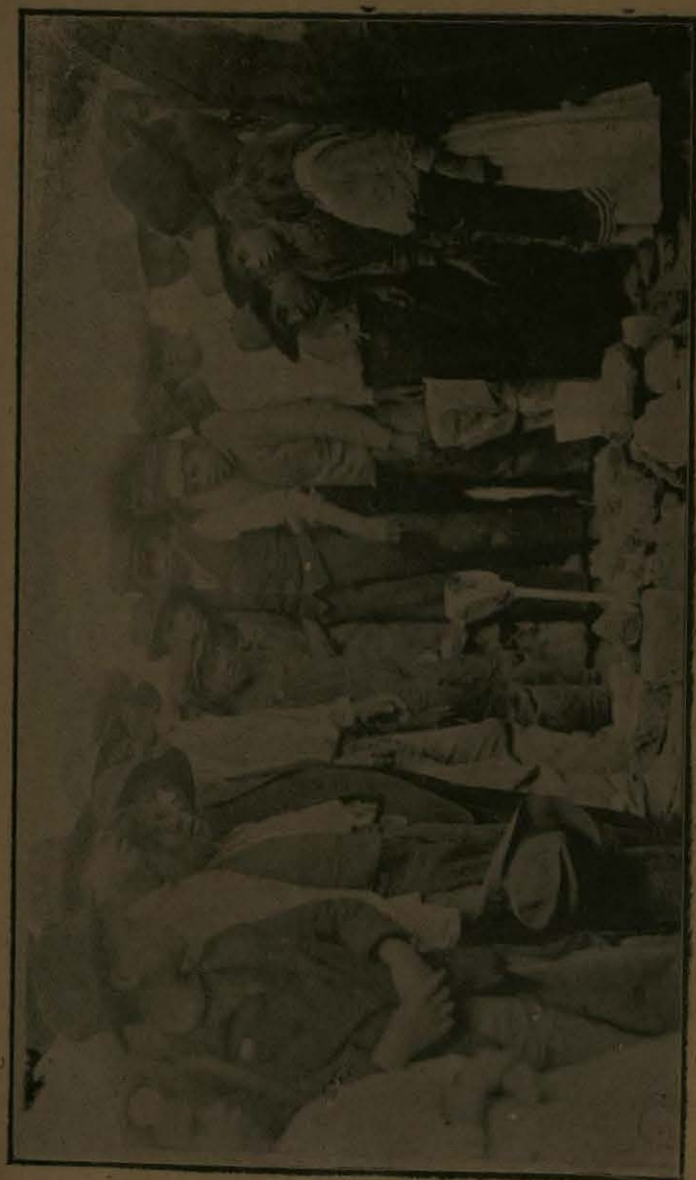
Los Secretarios de Estado permanecían silenciosos al lado del señor Madero, que constantemente conferenciaba con el señor General Don Victoriano Huerta. Nadie opinaba en aquellos espantosos días; todos miraban con angustia la marcha de los acontecimientos, previendo la próxima caída.

Los señores Ministros Pino Suárez y Bonilla aparecían joviales ante los ojos de los habitantes del Palacio Nacional. Ellos inventaban medios de destrucción, proponiendo los asaltos á la recia fortaleza; decían también de la necesidad de armar al pueblo, "que permanecía fiel al Gobierno;" pero, ¿dónde estaba el pueblo? ¿en qué sitio se hallaban aquellas multitudes que un día vitorearon al Gobierno? El Palacio aparecía sombrío, silencioso; las torres de Catedral semejaban dos centinelas avanzados del enemigo. . . .

Y así se prolongó la agonía de aquellos hombres que habían cooperado, algunos de buena fe y otros por servir sus intereses particulares, con el Gobierno del señor don Francisco I. Madero.

La oficialidad que peleaba bajo las órdenes del señor General Huerta, era enemiga del Gobierno; los jefes de los cuerpos también lo eran, y los soldados, sacrificados en largas y estériles campañas, empezaban á sentir odio para aquel Jefe de Estado que era ridículo, según la prensa, y que tenía de enemigo á un hombre que les recordaba al caudillo Porfirio Díaz.

Sólo los cuerpos rurales, que eran enviados al matadero en columnas cerradas y montados, eran fieles al Gobierno, por las distinciones que recibían, del mismo, sus jefes.



Lugar donde cayó muerto don Francisco I. Madero.

El General Huerta sentía la enorme presión de la oficialidad enemiga del Gobierno. Tal vez él mismo recordaba que le habían pagado con calumnias y con deseos de expulsarlo del país, aquellos hombres por los que su oficialidad, sus amigos, se estaban destrozando entre sí. Pero no podía resolver nada, porque la desconfianza del Gobierno era notoria.

Dos veces estuvo aprehendido el General Huerta, y en las dos ocasiones logró evadir que el Presidente de la República ratificara la orden que había dado de palabra.

El elemento diplomático cooperaba á empeorar la situación de los hombres que rodeaban al Gobierno del señor don Francisco Madero. Las reclamaciones de los Ministros extranjeros y las notas de los países amigos, eran cada vez más enérgicas, pidiendo una solución rápida.

Hasta el Palacio Nacional llegaban las quejas de las familias que estaban sufriendo por el bombardeo de ambos contendientes.

Y en medio de aquella espantosa catástrofe, que cada vez se acercaba más al Gobierno maderista, el señor Presidente Madero sonreía su dulce sonrisa de inconsciente.

Se esperaba de las Cámaras una determinación, pero inútilmente, pues los diputados antigobiernistas habían huido por temor de ser fusilados, y los gobiernistas, temerosos de sufrir en un lance personal algún perjuicio, también permanecían ocultos.

Los miembros de la Cámara de Senadores también se hallaban inactivos, comprendiendo que les era imposible resolver una situación sin la ayuda de los Diputados.

Pero el fracaso de la labor pacifista del señor de la Barra, hizo que un grupo de Senadores, entre ellos el señor ingeniero don Sebastián Camacho, se resolviera á dar un paso decisivo.

El jueves 14 de Febrero, el señor licenciado don Pedro Lascuráin, jefe del Gabinete del señor Presidente Madero, inició, ante un pequeño grupo de Senadores, la necesidad de resolver la situación en alguna forma.

Esta conferencia se celebró en la casa del señor Senador don Sebastián Camacho. Allí, el señor Ministro Lascuráin propuso que se trasladaran los Senadores, para celebrar su junta, al Palacio del Gobierno del Distrito, situado en la Plaza de la Constitución; pero unánimemente se negaron los convocados á ir á un sitio que se encontraba protegido por soldados.

El señor Camacho convocó á los señores Senadores para que se celebrara, al día siguiente, una reunión, en la que se tratarían los asuntos que estaban originando la intervención americana. Fueron en busca de sus colegas, los señores Senadores de la Barra, Flores Magón, Guillermo Obregón y otros.

El señor Lascuráin regresó á las siete de la noche, acompañado del señor Comodoro Izaguirre.

Estaban reunidos los señores Senadores.

El jefe del Gabinete maderista, explicó cuál era la verdadera situación del país respecto á los países extranjeros, y el temor que abrigaba de que estallaran algunas complicaciones que dieran origen á una intervención de parte de los Estados Unidos del Norte.

Terminada esta junta, se acordó nombrar una comisión, compuesta de algunos Senadores.

Como el señor licenciado don Gumersindo Enríquez no se encontraba allí; se le fué á buscar y se negó terminantemente á discutir sobre el asunto, si no se lograba reunir un número suficiente de Senadores para que tuviera un carácter legal la junta.

Por esta determinación, se aplazó para el día siguiente la reunión, la que acudieron veinticinco Senadores.

Se resolvió, por una mayoría abrumadora, que debía pedírseles las renunciaciones de sus cargos á los señores Don Francisco I. Madero y licenciado don José María Pino Suárez, y á los señores Secretarios de Estado que formaban su Gabinete.

Las discusiones que hubo por este motivo, fueron muy acaloradas y se trataron todos los asuntos desde el punto de vista legal, y considerando las probabilidades de una intervención y el daño que sufría la ciudad.

Se nombro una comisión de Senadores, para que pidieran su renuncia al Presidente y Vicepresidente de la República.

La comisión hizo gestiones encaminadas á tratar con el señor Presidente lo relativo á su renuncia; muchas veces se acercaron los comisionados á ver al señor Madero en el Palacio Nacional, pero se negaban á ello varias personas, que parece estaban al tanto de lo que iban á pedirle los senados en nombre del Senado de la República.

Entre tanto, la situación de la capital iba empeorando más y más. El Gobierno gastaba los pocos cartuchos de que disponía, muy

escasos en verdad, pues en la Ciudadela estaba depositado todo el material de guerra de la Nación. Los desperfectos de la ciudad eran mayores por el bombardeo de los cañones del Gobierno y de los rebeldes. Las pérdidas de vida llegaban á cerca de dos mil.

El pueblo continuaba guardando una actitud expectante; pero el hambre empezó á hacer presa en muchas familias. Los empleados públicos, sin tener en qué ocuparse, salían á la hora de más peligro para buscar el pan de sus familias. Los comestibles iban subiendo de precio. La aproximación de la clase ínfima á violencias espantosas, era ya más temida.

Los zapatistas estaban en las cercanías de la fábrica de pólvora, tratando de penetrar á la población.

En Puebla, el Capitán Felipe Neri había logrado establecer un gobierno revolucionario y preparaba la salida para esta capital, á fin de cooperar, al lado del General Félix Díaz, en la caída del Gobierno.

La situación era, pues, desesperada.

En estas condiciones, se presentó el señor General don Aureliano Blanquet con su bravo 290. A su llegada tuvo una conferencia con el señor General Huerta, que le describió la situación, apegándose á la más estricta verdad.

El martes 18, diez días después de que la lucha se había iniciado, el Senado resolvió la suerte del Gobierno.

Se había celebrado una acalorada junta de Senadores, en la misma casa del señor don Sebastián Camacho, para tomar una determinación más firme de cuantas se habían toma-

do y que diera, por sus resultados, el apetecido de lograr la paz.

El acuerdo fué conferir, al señor General don Victoriano Huerta, poderes absolutos para tomar el Gobierno de la República en sus manos, desde el momento en que el Senado desconocía al Gobierno de don Francisco I. Madero como subsistente.

En la Comandancia Militar, el señor General don Victoriano Huerta recibió á los Senadores que le iban á ofrecer la solución del conflicto, nombrándolo Jefe de la República en tanto se resolvía la situación, que estaba precipitando la ruina del país.

El señor General Huerta vaciló, porque dudaba si cumplía con su deber de mexicano al asumir la investidura de Jefe de la Nación; pero, al fin, se resolvió, y desde ese momento, las doce y media del día, quedó revestido con el carácter de Presidente provisional.

Aprehensión de Gustavo Madero

El champagne burbujeaba en las finas copas de bacarat y los brindis y las promesas de fusilar á todos los elementos hostiles al maderismo, salían de los labios del hombre más activo del grupo, el Sr. D. Gustavo Madero, hermano del señor Presidente de la República.

Día á día habían repetido aquellas escenas de alegría en medio de la ciudad consternada por el cañoneo de los combatientes. En tanto que el Ejército de destrozaba sirviendo á la legalidad en un abnegado gesto de patriotismo, allá, en el restaurant aristocrático de Gambrinus, D. Gustavo Madero apuraba el champagne que pone alegría en el alma y consumía con sus amigos los platillos deliciosos del menú del día.

Ignorante de lo que se había resuelto por el Senado, el hermano del Presidente Madero, comía alegremente cuando el señor General D. Victoriano Huerta, que ya había asumido el cargo de Presidente de la República, llegó en un poderoso automóvil.

Momentos antes una escolta de veinte hombres de la Guardia del Bosque de Chapultepec, se apostaban en la calle para hacer una vigilancia que no tuvo para el público nada de estraña en aquellos momentos, pues se veían constantemente grupos de soldados que se detenían en las bocacalles para cumplir consignas determinadas por sus jefes.

El General Huerta subió al departamento donde se hallaba D. Gustavo y lo saludó

afablemente, retirándose enseguida. El acompañante del militar, señor General Delgado, quedó al lado del Sr. Madero, y también acompañaron á éste el General Yarza, nombrado más tarde Gobernador del Distrito.

Los dos repórters que más se distinguieron durante la decena roja, los Sres. Leopoldo Zea y Zonzalo Espinoza, trataron de conferenciar con D. Gustavo y previeron desde luego que algo grave iba á suceder, pues todos los preparativos así lo indicaban.

Por teléfono y en compañía de un redactor de "La Nueva Era," los repórters lograron llamar al Sr. Madero al aparato desde una casa vecina y pedirle una entrevista.

—Estoy comiendo y charlando con el señor General Huerta—contestó D. Gustavo. —Y añadió:—Al terminar podré darles algunas declaraciones.

Pocos momentos después el Sr. D. Enrique Cepeda, actual Gobernador del Distrito, que tenía una mano herida á causa del combate que se entabló en el Palacio Nacional, cuando se capturó á D. Francisco I. Madero, llegaba y subió hasta el comedor donde se encontraba D. Gustavo.

Por fin, el Teniente D. Luis Fuentes, uno de los oficiales más distinguido entre los que acompañaron en la campaña del Norte al señor General Huerta, subió con los hombres de la guardia de Chapultepec y empuñando la pistola se presentó en el comedor donde los políticos charlaban alegremente.

Antes se habían hecho todos los preparativos para despedir á la gente que estaba comiendo en el mismo restaurant.

El Teniente Fuentes, encarándose con

D. Gustavo, le dijo que estaba preso y que se entregara.

D. Gustavo tuvo el impulso de llevarse la mano á la bolsa de la pistola, pero entonces el oficial levantó su arma á la altura de la cabeza del prisionero:

—Estoy dado—dijo.

Entregó sus armas y se rindió.

Cerca de las diez y media de la noche, D. Gustavo Madero fué conducido al Palacio Nacional, en un automóvil amarillo, y escoltado por los mismos soldados que lo aprehendieron y acompañado de los Generales Delgado y Yarza.

Subieron estos militares al automóvil por una indicación del señor Oficial y entonces D. Gustavo se volvió á éste y le dijo:

—¿Yo también, mi Teniente?

—Usted también, contestó Fuentes.

Al ver al Sr. Madero, una compacta multitud que se encontraba en las bocacalles empezó á rugir su odio contra el maderismo, haciendo responsable á D. Gustavo de todos los males que había sufrido la ciudad.

Los gritos de "Muera Ojo Parado," "Muera Gustavo Madero," "Mátenlo de una vez," "Queremos la cabeza de Ojo Parado," los repetían millares de voces.

Estaba la multitud tan excitada, es posible que hubiera sacrificado al señor don Gustavo; por fortuna se evitó el sangriento espectáculo, por la entereza de los rurales y guarda-bosques, que se negaron á entregar al preso á la multitud.

Los gritos insultantes contra el Gobierno y los vítores al General Huerta, que venía á resolver la situación favorablemente para la



El Presidente Huerta y su Gabinete.

paz y la tranquilidad de la ciudad, se escuchaban durante el trayecto que recorrió el automóvil á Palacio.

El señor Madero vestía saco y chaleco grises, pantalón á rayas y cubría su cabeza con una gorra gris.

Iba densamente pálido.

Al llegar á Palacio fué encarcelado en la Comandancia Militar y poco después se le sacó para reducirlo á la Ciudadela.

La actitud del grupo de felixistas que estaba en esta fortaleza, fué de entusiasmo cuando vieron que el señor Madero estaba en su poder. Gritos semejantes á los que se habían escuchado en la calle, lanzaron los defensores de la fortaleza, que pedían la cabeza del prisionero para vengar al señor General Ruíz y á tantos desventurados que habían sido sacrificados en el combate del primer día.

El señor General Díaz no quería ceder á lo que pedían sus soldados, pues encontraba al prisionero completamente vencido, vacilando por temor de ser sacrificado en la fortaleza felixista.

En estas circunstancias el preso, fué enviado á otro departamento, cuando ocurrió un accidente que parece obscuro todavía, pero que la generalidad considera como perfectamente premeditado.

Es el caso que al cruzar el señor Madero con sus guardianes la plazoletea donde se levanta la estatua del Generalísimo Morelos, alguien que se cree fué el asistente del General Mondragón, disparó su arma sobre don Gustavo.

Este, al escuchar la detonación, trató de huir para protegerse en unos carros de artillería.

ría que se encontraban próximos, pero en aquel momento varios soldados dispararon sus armas sobre el prófugo, que quedó muerto después de recibir un primer tiro que lo hizo rodar por el suelo herido.

Mucho se dijo de la poca entereza que tuvo el señor don Gustavo Madero para recibir la muerte, pues que parece quería justificar su actitud declarando que no era nada en el Gobierno; que no tenía culpa alguna en lo ocurrido; pero eso no nos consta y como nuestra labor no va dirigida á herir á nadie, y menos á los vencidos, no insisteremos en ello.

Lo que sí es un hecho indiscutible es el odio que profesaba una gran parte de la opinión pública al señor don Gustavo Madero. Se le hacía responsable de cuantos actos inícuos cometía el Gobierno y se le tomó siempre como instigador de su hermano don Francisco.

Parece que en este sentido la opinión estaba equivocada, pues en una ocasión refería el señor Senador don Jesús Flores Magón, enemigo de don Gustavo, al que esto escribe, que el hermano del ex-Presidente no tenía ninguna ingerencia en el Gobierno, y que, por el contrario, el señor don Francisco Madero trataba muy mal á su hermano cuando éste trataba de imponérsele.

La institución más odiada en nuestra historia, la Porra, sí parece ser obra de don Gustavo, según las declaraciones de muchas personas que tomaron parte en ella. El mismo señor Diputado Urueta confesó que existía la agrupación y que él (Urueta) formaba parte de ella.

También sería inexplicable el progreso de ciertos individuos, como Solón Argiuello y

otros, si no hubiera tenido ingerencia en la formación de la Porra, don Gustavo, al que vito-reaban constantemente. Se habló mucho de que el señor Madero ordenó que se ejecutara á sus enemigos políticos durante la decena roja.

La misma noche en que cayó muerto el señor don Gustavo Madero, minutos más tarde, era fusilado en el jardín de la fortaleza, el señor don Adolfo Bassó, Intendente de Palacio.

El señor Bassó se había jactado constantemente de haber disparado la ametralladora que causó tantas víctimas frente al Palacio Nacional y aseguraba que el General Reyes había sido muerto por esos disparos.

El señor Bassó, viejo capitán de navío, murió recomendando á los soldados que lo fusilaron, dijeran que había muerto como un hombre. Momentos antes de que sonara la descarga que lo privó de la existencia, alzó el rostro hacia el cielo y buscó la Osa Mayor.

—No encuentro la Osa Mayor y, sin embargo, ya es tarde—dijo con la mayor serenidad.

Y después, volviéndose á los que lo iban á ejecutar, añadió:

—Ahora sí muchachos, ¡Viva México!
¡Fuego!....

Así murió aquel viejo marino.